

tenido dentro de los límites de la dependencia; no quedaba á la plebe, excluida hasta de los ejércitos, que se componían únicamente de mercenarios ó de súbditos, otro campo para ejercer su actividad que la navegacion.

El poder permanente de la aristocracia salvaba á Venecia de las extravagancias populares y de los disturbios que afligieron á las demas ciudades; pero ¿ha cumplido su deber un gobierno, atendiendo tan solo al bienestar de un corto número de individuos, y buscando la seguridad y no el progreso? ¿Está sano el cuerpo cuando para fortificar la cabeza hay necesidad de debilitar todos los miembros (1)? Pero tratándose de tiempos en que faltaba aun la suficiente experiencia, era admirable su organizacion: si la aristocracia ejerció á menudo la tiranía, el pueblo la amó no obstante, y aun hoy la echa de ménos; imponiéndose cargas excesivamente onerosas, evitó cuanto pudiese ofender de cerca el amor propio, sabiendo que no ofende tanto la autoridad como el modo de ejercerla. Los Diez inspiraban terror á los nobles que alimentaban proyectos ambiciosos, pero el pueblo no los temía; por lo demas, en Venecia hallaban asilo los prófugos y los príncipes destronados; reinaba allí mayor libertad de costumbres, y posteriormente de imprenta, y el espionaje que formó el oprobio de su vejez, era mas bien una vejacion que una tiranía.

El dux Renieri Zeno mandó redactar á Nicolas Quirino, Pedro Badoero y Mario Dandolo un código de navegacion y de comercio (*Capitulare nauticum*), que contiene excelentes prescripciones, expuestas con una sencillez, exactitud y brevedad dignas de imitarse: en él se establece el modo de hacer los armamentos, el juramento que han de prestar los marineros, los deberes de los patronos y de los cónsules, el cargamento que ha de embarcarse, las provisiones que se han de llevar á bordo, el precio de la travesía, las armas y las banderas.

Entretanto continuaban las conquistas de la república: Corfú, Modon y Coron recibieron conservadores que les envió Venecia, la cual adquirió nuevas colonias con el señalamiento de feudos. Fueron necesarias muchas guerras para consolidarse y sostenerse, entre las cuales la de Candia nos ocupará bastante. Hemos visto al mismo tiempo á los Venecianos tomar parte en las vicisitudes de Italia, y despues de la caída de Eccelino empezaron á poner el pié en tierra firme con gran detrimento suyo. En sus relaciones con las repúblicas italianas, propendian á apoderarse del comercio que se hacía á orillas del Pó, para sacar de allí el trigo siempre que no pudiesen proporcionárselo por el mar Negro, ó que se les ofreciesen condiciones mas ventajosas, y como las subsistencias constituyen un objeto de grande importancia en

(1) No debe formarse juicio acerca del gobierno veneciano por la pintura que de él hace Darú, quien no lo comprendió de una manera bastante clara, y por otra parte aborrece demasiado la libertad.

las ciudades que carecen de territorio, se nombraron intendentes encargados especialmente de este ramo, y á imitacion de los Sarracenos, se prohibió la exportacion de granos hasta que el precio hubiese bajado á cierto límite fijo.

Tan rápido engrandecimiento excitaba la rivalidad de Génova y de Pisa, y con la primera estalló abiertamente la guerra en Tolemáida, pero el leon quedó vencedor. Á fin de contrariar á Venecia, los Genoveses favorecieron á los Griegos con perjuicio de los emperadores francos de Constantinopla; así, cuando esta ciudad fué reconquistada, obtuvieron considerables ventajas, resultando una larga enemistad, á que puso término la mediacion del papa. Habiendo ocurrido nuevos conflictos, el emperador Andrónico tomó de aquí ocasion para mandar prender á los Venecianos, y entónces los Genoveses se precipitaron sobre los prisioneros y los degollaron.

Roger Morosini salió de Venecia con sesenta galeras para vengarse; saqueó los establecimientos de los Genoveses, tomó y demolió á Pera, donde ocupaban un barrio, y atacó el palacio imperial, en tanto que otra escuadrilla destruía á Cafa, y en todos los mares eran capturados los buques de Génova y amenazadas sus colonias. Encontráronse las dos escuadras delante de Curzola, isla de Dalmacia, y los Genoveses, mandados por Lambo Doria, se hallaban tan desalentados, que propusieron á los Venecianos abandonarles las naves, con tal que se dejase ir libre la tripulacion. Viendo rechazada su proposicion, combatieron como desesperados, y alcanzaron la victoria, cogiendo prisionero al almirante Andres Dandolo, el cual, no pudiendo resignarse á la pérdida de una batalla empeñada contra su voluntad, se dió muerte.

Alegróse Génova con este triunfo; pero Venecia no se desanimó, antes por el contrario, creciendo su valor á medida de la pérdida que habia experimentado, en breve tuvo en el mar otras cien galeras; hizo venir de Cataluña máquinas y pilotos, acogió á los Güelfos desterrados de Génova, y Domingo Schiavo, que ya se habia acreditado en las guerras de Romelia, esparció el terror en medio de las escuadras genovesas, penetró en el puerto de la ciudad enemiga, y levantó en el muelle un monumento de deshonra. Habiendo interpuesto su mediacion Mateo Visconti, se celebró una paz perpétua, que todo capitán de buque debía jurar antes de darse á la vela.

## CAPÍTULO X

### Costumbres.

No era de esperar que las costumbres se dulcificasen, cuando la rivalidad de intereses exacerbaba los odios, y los actos de violencia quedaban impunes para todo el que podia eludir la ley, huyendo al territorio vecino, ó arrosstrarla con el apoyo á una faccion. Pero nada

contribuye tanto á infundir el sentimiento elevado de la dignidad personal, como salir del círculo estrecho de los asuntos domésticos para ocuparse en los negocios públicos, y sostener en la plaza y en el consejo discusiones de que depende la salvacion de la patria. La agitacion de las facciones, los padecimientos de los individuos, el afan de vencer á los émulos, la ambicion de llegar á los empleos, como testimonio de la confianza pública, no permiten que se introduzca en las almas esa especie de adormecimiento que engendra las pasiones ruines. El hombre sentía que era ciudadano, media sus fuerzas físicas y morales en la lucha empeñada en lo interior con sus rivales, y en lo exterior con los enemigos, y al educar á sus hijos, le consolaba la certeza de dejarles un puesto en la sociedad y una esperanza para el porvenir.

Sin embargo, no conviene dejarse alucinar por los panegiristas, hasta el extremo de creer que eran puras las costumbres de aquella época. Si los castillos continuaban siendo el abrigo de la insolente tiranía y de la precoz lujuria, si el clero, fastuoso y disoluto, se entregaba á los excesos que mas repugnan á su carácter; tambien los Comunes distaban mucho de ofrecer ejemplos de moralidad severa. Se contaban á millares las meretrices, ya fuese en los ejércitos, hasta en los de los Cruzados, ya en las ciudades, donde á veces figuraban en las carreras, en la época de las solemnidades públicas. En el archivo de Massa Maritima existe un contrato celebrado en 3 de enero 1384, por el cual el Comun vende una casa de prostitucion á Ana Tedesca, mujer pública, mediante el cánon de ocho francos anuales, con la obligacion de tenerla bien provista de rameras. En otro contrato, cuya fecha es de 19 de noviembre de 1370, y que se halla en el archivo diplomático de Florencia, el concejo de Montepulciano alquila por un año á Franceschina de Martino, natural de Milan, una casa de prostitucion al precio de cuarenta libras de Cortona, sin contar la contribucion que se pagaba ordinariamente por las mujeres de mala vida. Francisco de Carrara, habiendo encontrado muchas de estas desgraciadas en el campamento de los Veroneses, que habian sido derrotados, las colocó en el Puente de los Molinos, imponiéndoles una contribucion en beneficio del estudio de Padua. Los usureros hacian un tráfico escandaloso: en Venecia y Génova se comerciaba en esclavos. Dos columnas que habian sido trasladadas desde una isla del Archipiélago, yacian por tierra en Venecia, por no hallarse quien supiera levantarlas, hasta que un chalan lombardo trató de conseguirlo. Habiéndolas atado, humedeció las cuerdas, y á medida que estas, encogiéndose, levantaban las columnas, él iba apuntalándolas, operacion que repitió hasta lograr ponerlas derechas. No sabemos qué pensar de tan grosero medio, tratándose de personas que tenian delante de sí á San Marcos; pero lo que nos importa hacer notar, es la recompensa que pidió el chalan, á saber,

que los juegos de azar se permitiesen en aquel intercolumnio, concesion que duró cuatrocientos años, hasta que se convirtió el sitio en un lugar infame, destinándole á las ejecuciones. En Génova y Florencia, los juegos de azar eran públicos, mientras que en otros puntos se prohibian con repeticion, es decir, inútilmente.

Las leyes municipales revelan las costumbres del pueblo, cuyos hechos únicamente narran los historiadores. Los reglamentos suntuarios, tan frecuentes en aquella época, prueban el lujo que existía, acompañado de todas sus corrupciones; vemos por otros decretos que eran ya conocidas las especulaciones en el cambio y en los fondos públicos. En Luca, la mujer de condicion libre que se portaba mal, era entregada á sus parientes, quienes podian castigarla á su antojo, con tal de no darla muerte; en otras partes era quemada viva.

En aquellos siglos poéticos y pintorescos continuaban las clases distinguiéndose por las diferencias en el modo de vestir, de donde provenia el cuidado de los estatutos, á fin de que nadie se apropiase un traje que estuviese en disonancia con su categoria. En cuanto al alimento, el tocino era el mas usado por el vulgo, y á menudo encontramos legados instituidos con objeto de repartirlo á los pobres (1). En 1150, los canónigos de San Ambrosio de Milan pretendian del abad, no sé qué dia, una comida de cinco servicios: el primero de pollos fiambres, gigote en vino, y carne de cerdo tambien fiambre; el segundo de pollos rellenos; el tercero de carne de vaca con salsa de pimienta y tortas, y el último de pollos asados, solomillo con *panizio* y lechoncillos rellenos (2). El mucho uso que se hacía de las carnes requeria la pimienta, cuyo consumo era comparable al que tiene hoy el café ó el azúcar. El pan blanco no se usaba sino en caso de algun convite; y todavia en 1355 no habia en Milan mas que un horno para cocerlo: el que se comia ordinariamente era de mezcla ó de centeno. Cada cual lo cocia en su casa, y aun esto sucedia rara vez, por lo regular al aproximarse las grandes solemnidades, de donde ha provenido el uso del *panatone* (panecillo), de las *focaccie* (hogazas), de las *pizze* (molletes), del *panforte* (hornazo), de las *crostate* (rosca), y otras variedades que se comen aun por Navidad ó por Pascuas.

Buonvicino de Riva, que formó en 1288 la estadística de Milan, dice que se contaban allí trece mil casas y seis mil pozos; las personas que habitaban en las casas que carecian de esta comodidad, acudían á los pozos públicos. En seguida, enumera cuatrocientos hornos, mil tabernas, mas de cincuenta hosterías y posadas para los forasteros, y sesenta cobertizos, esto es, galerías delante de las casas de los nobles,

(1) En el testamento de Andres, arzobispo de Milan, se dice «Pascere debeat pauperes centum, et dei per unumquemque pauperem dimidium panem, et campanaticum Iardum, et de caseum inter quatuor libra una et vino stario uno.»

(2) GIULINI, tomo V, pág. 473.

donde se reunían con objeto de solazarse. Efectivamente, en una época en que la mayor parte del tiempo se vivía al aire libre, los señores se contentaban con un corto número de comodidades domésticas, por ejemplo, una sala, algunos aposentos y un granero, é iban en busca de las comodidades exteriores: los atrios, los claustros de los conventos, el palacio público, la sala de juntas, el mercado, servían para reunirse y hablar. En 1272 el podestá de Milan prohibió que se embarazase el paso en los pórticos que había debajo del Mercado Nuevo, á fin de que los nobles y los mercaderes se pudieran pasear allí libremente; hasta mandó colocar bancos para sentarse, y pértigas donde se posasen los halcones, azores y gavilanes, que llevaban consigo á todas partes, como se acostumbra hacer hoy con los perros.

Frecuentemente las casas eran muros macizos, flanqueados de fuertes torres, con enormes puertas, gruesas barras de hierro en las ventanas, y á veces hasta barbacanas y troneras. El pueblo, cuando prevaleció, hizo mutilar las torres mas amenazadoras, que habían servido de guarida en otro tiempo á la tiranía feudal, é iba á menudo á extraer de allí al señor que se había refugiado en ellas para evitar al castigo legal. Muchas veces el partido triunfante, abusando de una ventaja momentánea, demolía las casas de los vencidos: lo cual solía también verificarse por decreto de la autoridad, que abandonaba al furor popular las murallas. El terreno quedaba infamado, y no se podía volver á levantar en él ningún edificio; lo cual perjudicaba á la buena construcción, teniéndose que fabricar las nuevas casas sin alineación ni simetría. El palacio viejo de Florencia fué construido fuera de escuadra, para no ocupar el execrado terreno donde habían estado situadas las casas de los Uberti, que quisieron entregar la patria á los extranjeros: los Venecianos destinaron para matadero público el sitio donde antes se veían las habitaciones de los Quirini, cómplices de Tiépolo.

El lujo, al propagarse, penetró también en los edificios privados, y ninguna ciudad puede mostrarlos tan sólidos y majestuosos como la afortunada Florencia. Todos los Comunes se reunieron para erigir á costa del tesoro público la casa de ayuntamiento; el inmenso salon de Padua es un monumento incomparable de aquella época, y Galvagno Fiamma nos ha dejado una larga descripción del palacio ducal construido en Milan por Azzon Visconti, con las salas pintadas por Giotto, y quizá también por Andriano de Edesia, natural de Pavía, que fué uno de los restauradores de la pintura: en el salon se destacaban de un fondo azul figuras y adornos de oro, representando el templo de la Gloria, donde se encontraban reunidos Héctor y Atila, Carlo Magno y Enéas, Hércules y Azzon.

Sin embargo, se pensaba ménos en las comodidades que en la solidez y en la belleza; porque, sin hablar de una antigua ley lombarda

que prohibía durmiesen mas de catorce personas en cada aposento, recordamos que los ocho individuos de que se componía la señoría de Florencia, no contaban mas que con un cuarto para todos. hasta que Michelozzo, hácia el año 1430, les construyó á cada uno el suyo. Tratábase no obstante de aquella gloriosa república, cuyos ciudadanos, sencillos en sus trajes y costumbres privadas, gastaban con profusion en cuadros, esculturas, bibliotecas y templos, y cuyas naves, enviadas á Alejandría y á Constantinopla con los preciosos tejidos de seda, traían de retorno manuscritos de Homero, de Tucídides y de Platon (1). En 1270, publicó Venecia un decreto acerca de los dueños de posadas, prohibiéndoles alojar á meretrices, tener mas de una puerta abierta, vender otra clase de vino que el que les suministrasen los tres Justicias, y además, no contar ménos de cuarenta camas, provistas de cobertores y sábanas (2): disposición notable por pertenecer á una época en que en Inglaterra apenas se ponía paja sobre los bancos donde dormía el rey.

Quisiéramos ver descritos aquellos tiempos por algunos autores contemporáneos. El Ferrares Ricobaldo (si su crónica es auténtica) se expresa de esta manera hácia el año 1238: «En tiempo del emperador Federico II era grande en Italia la rudeza de los usos y de las costumbres. Los hombres llevaban mitras de mallas de hierro; para cenar, el marido y la mujer comían en un mismo plato; no se servían de cuchillos, y solo había uno ó dos vasos en cada casa. Por la noche se alumbraba la mesa con una antorcha que tenía en la mano un criado, pues no usaban velas de sebo ni de cera. Los adornos de las mujeres y de los hombres eran de muy poco valor; en los vestidos no lucían el oro ni la plata, ó apenas eran perceptibles: el alimento no podía ser mas parco. Los plebeyos comían carne fresca tres días á la semana; á medio día legumbres cocidas con carne; á la noche carnes fiambres conservadas. No todos acostumbraban beber vino en verano. Cualquiera se consideraba rico con poseer una pequeña suma: las bodegas eran reducidas, y extensos los graneros. Casábase á las doncellas con un pequeño dote, porque su ajuar era extremadamente modesto. Las jóvenes se contentaban con una sotana de tela grosa y una camisa de lino; ni cuando estaban en edad de casarse, ni después de casadas llevaban en la cabeza adornos de algun precio; las esposas se ligaban las sienas y las mejillas con anchas cintas atadas debajo de la barba. Los hombres hacían consistir toda su gloria en las armas y en los caballos; los nobles en las torres.»

Al leer esta descripción de costumbres tan

(1) Conviene leer en la Nota G. los Estatutos de los Ancianos de Luca, como un documento de las costumbres de aquella época.

(2) MUTINELLI, *Comm. de' Veneziani*, 117.

toscas, no olvide el lector las quejas que se exhalan de continuo contra los progresos del lujo, ni la natural inclinación que induce á los hombres á desacreditar el tiempo presente cotejándolo con el que ya ha pasado. Ricobaldo quería, exagerando el contraste, criticar el fausto de su época, á la manera que oímos todos los días á los ancianos ensalzar las sobrias y sencillas costumbres de que fueron testigos en su mocedad, y que, no obstante, han proporcionado á los poetas, autores cómicos y predicadores que vivían entónces, abundante materia para sus burlas y censuras. También nosotros, si alcanzamos una dilatada existencia, en nuestros tardos años echarémos ménos la dichosa sencillez y la fe ingenua que reinaba en los tiempos de nuestra juventud.

Dante, el poeta de mas rica imaginación, y á la par el cronista mas fiel de la edad média, nos ha dejado una admirable descripción de las costumbres de Florencia por los años de 1200, cuando hace referir á su abuelo Cacciaguidda el modo como en su tiempo aquella ciudad, cuyo recinto era aun estrecho, se fué extendiendo en medio de una paz sobria y púdica. Entónces no atraían las miradas los excesivos adornos femeniles con preferencia á la persona, ni la hija desde su nacimiento asustaba á su padre, obligándole á pensar en su precocidad y en el crecido dote de los matrimonios. Los ciudadanos mas ilustres usaban un cinturón de cuero, contentándose con vestidos de piel sin forro; sus mujeres se apartaban del espejo no llevando en sus mejillas colorete; sin soltar la rueca ni el huso, velaban al lado de la cuna, consolando á los pequeñuelos con ese lenguaje cortado que forma el encanto de los padres, y mientras hilaban, departían con su familia, destituyendo el asunto de sus conversaciones, no vanidades ni locuras, sino los Troyanos, Fiésolo, Roma.

Á estos versos, conocidos de todos, pueden servir de comentario las palabras del buen Juan Villani: «En aquel tiempo (es decir, en 1250), los ciudadanos de Florencia vivían sobriamente, con groseros manjares y pequeños gastos; las costumbres eran sencillas y rudas, vestían á sus mejeres de telas bastas, y muchos hombres llevaban pieles sin forro, con un gorro en la cabeza, y todos con botines. Las damas florentinas no usaban adornos; las de mas alta jerarquía se contentaban con una basquiña muy estrecha de tela gruesa de color de escarlata, ceñida por un cinturón de cuero á la antigua, y encima un manto forrado de piel de ardilla, con adornos, que les cubría la cabeza: las mujeres del pueblo vestían una gruesa tela verde por el mismo estilo, y se les daba de dote comunmente cien libras: á las damas principales doscientas, reputándose espléndido el dote de trescientas libras; la mayor parte de las doncellas que se casaban tenían veinte años ó mas. Tal era entónces el modo de ves-

» tirse, y las rudas costumbres de los Florentinos, con su alma leal y su reciproca buena fe.»

También Benvenuto de Ímola, que poco tiempo después comentó la *Divina Comedia*, dice explicando este verso *Non avea catenella, non corona*: «Las panaderas no llevaban entónces perlas en el calzado como acostumbraban ahora allí, y en Génova y en Venecia.» «Sencilla y parca (leemos en otro lugar) es la comida de los Florentinos, pero reina en ella un aseó y una limpieza admirables: los hombres del pueblo van sin cuidado ninguno á las tabernas que gozan fama de tener buen vino, al paso que los mercaderes se conservan en la medianía.»

Un anónimo del siglo XIII se expresa del siguiente modo, pero con mas extensión de lo que nosotros lo hacemos, sobre las costumbres de los Paduanos: «Antes de Eccelino, iban hasta la edad de veinte años con la cabeza descubierta; pero después dieron en llevar mitras y yelmos ó capuchas de pico (1), y todos adoptaron la sobrevesta (*epitogia*) de telas de á mas de veinte sueldos la braza.» Hermosa familia, buenos caballos, y siempre armas. En los días festivos, los jóvenes de la nobleza daban convites á las damas, á quienes ellos mismos servían, y en seguida bailaban y celebraban torneos. En el campo tenían cortes espléndidas. Las mujeres, dejando las telas ordinarias, se vestían de finísimo lino, á razón de cincuenta ó sesenta brazas cada una, según sus facultades. Si en tiempo de Eccelino un simple vecino se hubiese presentado á tomar parte en la danza, los nobles le habrían abofeteado, y un noble que galantease á alguna mujer del pueblo, no podía introducirla entre los suyos sin previo permiso. Adviértese en estas últimas palabras el resto de aquellas tiranías aristocráticas de que los tumultos de la plebe iban emancipando á las futuras generaciones.

Si consideramos á Dante como historiador, encontraremos en él un recuerdo continuo de los tiempos pasados, cuando el valor y la cortesía reinaban en las ciudades de Italia, cuando las cortes lucían con todo el brillo de la nobleza, y los advenedizos y las fortunas repentinas no habían turbado aun aquella clase de vida tan hermosa y tranquila. Además, basta recorrer las Cien Novelas antiguas, algunas de las cuales han sido escritas sin duda en tiempo de Eccelino, y las de Boccaccio y de Sacchetti, para formarse una idea de las francas y alegres costumbres de aquella época, en que abundaban las reuniones divertidas, las ingeniosas burlas, las alegrías, la comunicación festiva entre los señores y las personas de condición

(1) Los sombreros no se introdujeron hasta el tiempo de Carlos VI. Antiguamente el rey, los príncipes y caballeros llevaban en la cabeza el *mortier*, birrete de terciopelo galoneado. El clero y el pueblo usaban gorro de lana, con la capucha encima. Los sombreros fueron originarios, según dicen, de España, y Tristan Salazar de Vizcaya, arzobispo de Sens, hizo uso de ellos el primero en Francia.

humilde. Veíase á los astrólogos y bufones rodear á todos los príncipes, á los señores dar convites espléndidos, á los caballeros hacer alarde de cortesanía, y no pudiendo sufragar con sus cortas rentas semejante boato, se ingeniaban para encontrar recursos: á cada paso ocurrían palabras picantes, respuestas prontas, existiendo cierta franqueza entre el plebeyo y el rico, desconocida en las demas naciones. En tiempo de Federico de Sicilia « un droguero » de Palermo, llamado señor Mazzeo, tenía la « costumbre todos los años en la estación de » los limones, de ir con una peluca peinada » en forma de cofia, y una tohalla al cuello, á » llevar al rey en una mano un plato de limones, y en la otra manzanas, y el rey recibía » graciosamente este regalo (1). » El valiente emperador Federico II, y sus nobles hijos Enzo y Manfredo, iban de noche por las calles de Palermo, á la luz de las estrellas, tocando y cantando coplas y estrambotes que ellos habían compuesto.

Florenza « pobre de territorio, abundante en buenos frutos, con ciudadanos valientes, soberbios, quimeristas, rica en ganancias ilícitas, mas temida que amada de las comarcas vecinas por su grandeza (2), » pensaba en vivir alegremente y dar bailes en sus alrededores. El día de Todos los Santos era la fiesta del vino nuevo; el día de San Juan se corría el palio, y en el de 1283, un tal Rossi formó una compañía de mas de mil hombres del pueblo, vestidos de blanco, con estatutos y un *Señor del amor*, para andar á caballo, bailar y celebrar triunfos, habiendo acudido mucha gente, juglares, improvisadores, y dándose alegres banquetes. « Había en los mencionados tiempos unos trescientos caballeros, y muchas cuadrillas de jinetes y de donceles que por la mañana y por la tarde tenían espléndidos banquetes con muchos cortesanos, regalando en las Pascuas multitud de vestidos de piel de ardilla, por cuya razon atraían allí de Lombardia y de toda Italia bufones y cortesanos, y se les veía con gusto, y no pasaba por Florenza ningun extranjero, ninguna persona distinguida y de honor, que no fuese invitada ó detenida á porfía por las mencionadas cuadrillas, acompañándole á pié y á caballo por la ciudad y por el territorio, como se debía (3). » Era tal la emulacion que reinaba entre los nobles por llevar á sus casas al extranjero que llegaba á la ciudad, que á los de Bretinoro se les ocurrió, á fin de evitar las disputas que se originaban, el extraño recurso de colocar en medio del castillo una columna rodeada de campanillas; el extranjero ataba su caballo á una de estas, y aquel á quien pertenecía era el elegido. Tambien en otras partes se instituyeron compañías para acoger honrosamente á los huéspedes, y se veía á sus individuos

(1) SACCHETTI, Nov. 11.

(2) DINO COMPAGNI.

(3) Y. VILLANI, VII, 88.

correr á porfía á recibir á los extranjeros, á fin de tener la gloria de hacerles abandonar la posada ántes que ninguno.

Agradaba sobre todo la publicidad de las fiestas, tan diferentes de las del día, en que así la alegría como el dolor se encierran en las paredes de las casas, ó á lo mas se comunican á los que llamamos nuestros iguales. Entónces la alegría de uno solo parecía la alegría de todos; las nupcias se celebraban con una mesa franca; los funerales con la concurrencia de toda la ciudad; se bailaba en las plazas, y con el primero que llegaba; el que edificaba, construía cerca de su casa una galería para recibir allí á sus amigos en presencia de todos (1); el que no se hallaba en estado de hacer semejante gasto, ponía fuera de la puerta un banco para hablar con todos los que pasaban, y en el cual á veces el panadero Cisti excitaba la envidia de los magnates con el pan tierno y el buen vino que tenía á dicha ofrecer á los ciudadanos ilustres y á los embajadores de las principales potencias (2).

Así, en general, cuando se habla del lujo en la edad média, nuestros lectores deben haber comprendido suficientemente que no conviene confundirlo con el de nuestros días, consistente todo en trajes y baratijas, con mas apariencia que valor, y que cambia de hoy á mañana, segun el capricho de la gran ciudad que regula el modo de vestirse y de pensar en Europa. Los vestidos eran de gran precio y estaban cargados de oro y de pedrerías, con profusion de pieles; pero uno solo bastaba para toda la vida, y hasta se trasmitía de los padres á los hijos y aun á los nietos. Además, cada clase tenía su traje particular, pues uno de los distintivos de la edad média es la separacion que las opiniones, las leyes y las costumbres establecían entre el vulgo y los nobles, entre el rico y el artesano, entre el obrero y el letrado; separacion que actualmente va desapareciendo cada vez mas, con escándalo de los que creen que la diferencia de las clases está fundada en la naturaleza, y que es necesaria para el bien de la causa pública: ¡grandes filósofos! ¡grandes políticos! ¡grandes economistas! Distinguían el lujo de entónces del de ahora vastos palacios que presentaban un aspecto de fuerza mas bien que de belleza exterior, con unos cuantos muebles que parecían hechos para durar eternamente, grandes salones capaces de contener á los muchos allegados de la familia, pórticos y bancos donde se iba á tomar el sol, discutir y murmurar en compañía de los amigos; bufones que con sus chistes y gestos formaban la diversion de las reuniones y de los banquetes; regalos

(1) « Pusieron en medio del castillo una columna con pórtico, bajo el cual se reuniesen los padres á fin de evitar el calor y hablar de sus asuntos. Añádase que la juventud será menos disoluta en sus juegos, hallándose en presencia de los patrios. » L. B. ALBERTI *Architet.* VIII, 6.

(2) Véase á Boccaccio.

espléndidos de una importancia sólida, como vestidos, dinero, víveres, traillas de perros, buitres, halcones y caballos; inmensos parques cerrados para las cacerías; un numeroso séquito de criados, alarde de armas, ciudades enteras llamadas á tomar parte en las solemnidades domésticas, asociaciones de toda la juventud, tropas de gente armada, comparsas frecuentes, y una existencia al aire libre.

Los Florentinos, segun la descripción que de ellos hacen los autores mencionados, eran los Atenienses de Italia; llenos de astucia para encontrar los mejores recursos y agudos en sus sátiras, se aprovechaban del ridículo con tanta gracia como delicadeza; unían á un carácter firme una conducta mesurada, y en las letras asociaban la fuerza del raciocinio con la prontitud del pensamiento, los chistes con las meditaciones, la filosofía con la jovialidad.

Sería repetir lo que ya hemos dicho, el delinear aquí las costumbres caballerescas, que por sí mismas constituyen una poesía. En ellos, como en todo, dominaba la convicción; por eso eran absolutos en las prescripciones, en las creencias, en los odios, en los amores, en las persecuciones, en las empresas buenas y malas, en la ciencia y en la voluntad. Pero al mismo tiempo aparece en los relatos de aquel tiempo la grosería de muchas costumbres, una extremada licencia en las relaciones con el bello sexo, una ruda complacencia en las bufonadas, abusos de fuerza, el latrocinio ejercido en los caminos, un clero desarreglado, avaro, entregado á la simonía, excesos de gula hasta en las personas principales, la falta del pudor público, esa flor de los sentimientos delicados, de donde procedía el libertinaje sin freno de los poderosos, y el descaro con que los particulares y hasta los eclesiásticos tenían junto á sí á sus hijos ilegítimos. Dante imputa á personas respetadas bajo otros conceptos repugnantes vicios. No vacila en colocar en el infierno á personajes de nota; por ejemplo, al padre de su querido amigo Cavalcanti y al gran Farinata de los Uberti los clasifica entre los herejes epicúreos, es decir, en el número de los que pensaban en gozar de la vida presente, sin acordarse de lo porvenir; y entre los pecadores contra la naturaleza « la querida y bella imagen paterna » de aquel Brunetto Latini, que le había enseñado « cómo se eterniza el hombre. »

Pero en todos los actores que Dante introduce en el gran drama de tantas catástrofes, existe un deseo de fama, que les hace olvidar por un instante sus tormentos y la vergüenza de que se divulgue su condenacion, con tal que la memoria de sus hechos se conserve en el mundo: deseo apenas sofocado en aquellos que se entregaron á vicios de una perversidad baja y egoísta, en los traidores, espías y otros seres viles. Dante trasladó este deseo al otro mundo, copiándolo del que tenía á la vista, y en el cual, en medio de la barbarie, que aun no estaba extinguida

completamente, y de la civilizacion, que todavía no había renacido del todo, las pasiones conservaban su entero vigor, y obedecían al instinto mas bien que al cálculo. Añádase á esto una devocion excesiva, que veía un milagro en cada acontecimiento, premios y castigos inmediatos en toda consecuencia; que asignaba un Santo á cada pasion, á cada delito, á cada esperanza; que hacía intervenir á los Santos y las apariciones en todo, y multiplicaba los votos como pacto con el Cielo para evitar los peligros y hasta para salir airosos de una mala accion. Grandes virtudes, grandes delitos, grandes calamidades son propias de semejantes tiempos, del seno de los cuales surgen aquellos caracteres resueltos de que Dante Alighieri supo apoderarse, para trasladarlos de la vida real á su escena sobrehumana, casi sin necesidad de añadirles ni quitarles nada. Solo en épocas de civilizacion refinada las fisonomías morales se amoldan á un tipo comun, así como en las ciudades los alineamientos exteriores se hermocean y reducen á mayor uniformidad, miéntras que en el campo conservan un carácter distinto y determinado (1).

## CAPÍTULO XI

Francia. — San Luis.

La Francia se hallaba aun distante de haber adquirido la unidad: los Provenzales, los Normandos, los Aquitanos, los habitantes de la Isla formaban otras tantas naciones distintas; además el Loira separaba dos naciones extranjeras, propiamente hablando, conservándose en la parte del Sud leyes y tradiciones romanas, y hácia el Norte el elemento germánico y el derecho sálico. La Armórica, siempre indomable, protestaba contra toda dominacion nacional; las invasiones normandas habían colocado á las puertas de la metrópoli extranjeros emprendedores; los feudos mas ricos del reino dependían de la corona de Inglaterra. Sin embargo, ya aquellos varios pueblos empezaban á asociarse bajo el nombre de Franceses. En un puesto superior al que ocupaba aquella multitud de feudatarios, de municipios, de porciones de territorio independientes, había un rey, que tambien era poco mas que un nombre; pero estos dos nombres iban adquiriendo consistencia.

La posicion central del ducado de Francia, y la ley sálica, que aseguraba su trasmision en la misma familia soberana, al paso que la sucesion femenil exponía los grandes feudos á todas las eventualidades de una herencia extranjera, fueron provechosas para la estirpe de los Capetos: sirvióle asimismo de mucho el apoyo que la potestad religiosa prestó á fin de reconstituir un gran poder político, indispensable para los progresos del Cristianismo. Á últimos del si-

(1) La parte generosa y poética de aquel siglo ha sido pintada de mano maestra por Carlos de Montalembert en el prólogo de su *Historia de Santa Isabel de Hungría*.